

Destino: vagabunda. Ni suplicio ni pesadumbre

CHRISTIAN REYNOSO

Pontificia Universidad Católica del Perú
christian.reynoso@pucp.pe

Enfrentarse a la escritura de un libro de memorias no necesariamente implica recordar lo vivido con la obligación de la exactitud y la comprobación, y el talante de la verdad a pie juntillas, pues el tiempo ejerce de filtro, mientras que la ficción parece imponerse en muchos casos al intentar moldear y ajustar el recuerdo, la memoria, la confesión. Al menos así parece entenderlo Carmen Ollé (Lima, 1947), quien ha publicado *Destino: vagabunda* (2023), su libro de memorias.

“Contar mis memorias me resulta, hasta cierto punto, un acto de pedantería” (p. 9), dice desde un inicio. “Hay una dosis de vanidad en juego, a lo que se suma el pudor que provoca ir desvestiéndose” (p. 9). No obstante, afirma que una escritora “es también capaz de poner minas en su trama para hacer explotar al desprevenido lector. La autora es, entonces, una asesina en potencia, que aniquila todo aquello que es comprobable y lo reinventa con nuevos significados” (p. 9). Con ello, Ollé resume su poética y estrategia para escribir este libro. Advertido está el lector: puede explotar en mil pedazos, mientras que la autora intenta salvarse o sobrevivir en la espesura de los recuerdos frente al papel.

La primera confesión que Ollé hace es sobre la fascinación que ha sentido desde la adolescencia por escritores que han cultivado “el cuestionamiento del orden convencional” (p. 13), desde la marginalidad y el desarraigo, pero al mismo tiempo desde la sensibilidad y el intelecto. Esa semilla le ha permitido mirar lo desconocido, el otro lado del espejo, lo prohibido, como una forma de entender la vida y la escritura: “Hoy que miro hacia atrás, me doy cuenta de que nunca traicioné ese espíritu, por lo que he tenido que pagar un costo muy alto: incompreensión familiar, enemistades y, en ocasiones, rechazo social. Pero nada de eso ha frenado el impulso de mis intuiciones, de dejarme llevar por la corriente de mis propias



Destino: vagabunda. Memorias

Carmen Ollé
Peisa
Lima, 2023, 364 pp.

convicciones, no las de los otros. Para mí las uvas nunca han estado verdes” (pp. 13-14), confiesa en una potente y sincera afirmación que marca el tono de sus memorias.

El libro se divide luego de las palabras preliminares en ocho partes: “El arte nuevo de escribir memorias”, “No era un paraíso la infancia”, “Descubrimientos”, “La Cantuta, Sendero Luminoso y las ONG feministas”, “Congresos literarios y festivales”, “La literatura”, “Perro celestial y otros amores” y “A modo de epílogo”. Concluye con un índice alfabético. Títulos elocuentes que, en conjunto, dan cuenta de una ruta de vida, desde la niñez hasta el momento actual.

Fue en quinto de secundaria que Ollé descubrió la poesía francesa del siglo XIX y la poesía de Vallejo: “*Trilce* me loqueó, eso era lo que buscaba” (p. 74), pero más adelante confiesa que hoy siente “poca cercanía” (p. 266), con el poeta de Santiago de Chuco. De hecho, la soledad es una opción política íntima para Ollé: “Creo que

en algún momento me sentí atraída a ser parte de un partido de izquierda, fue después de leer el diario del Che; pero luego me di cuenta de que mi interés era solo emotivo; en realidad no estoy hecha para integrar ningún grupo ni político ni literario; esos círculos de lectura no van con mi naturaleza solitaria” (p. 87). Reflexiona también sobre la memoria del tacto y lo difícil que es recuperar esa memoria en los asuntos del amor y el placer, aunque no represente “ni suplicio ni pesadumbre” (p. 316), pues la memoria de la visión “se ha agigantado” (p. 300). Hay igualmente humor y nobleza para reírse de sí misma: “Mi tendencia a la fantasía me lleva, muchas veces, a transitar por una vertiente chiflada, no puedo negarlo” (p. 310), pero ello no le quita su capacidad práctica para resolver los problemas domésticos.

Quienes suelen conversar con Carmen Ollé sentirán al leer este libro que están escuchándola contar sus historias, algunas de ellas con diferentes matices, pero, al fin y al cabo, como parte de su imaginario vital y literario, siempre en movimiento, a juzgar por el síndrome de las piernas inquietas que heredó de su madre, además de las viejas obsesiones y temores que nunca se van. Para quienes lo lean como lectores de su obra o sin conocerla será un rico aprendizaje sobre el mundo salvaje, las motivaciones que dieron pie a sus libros, la familia, los afectos, la muerte, la universidad, las lecturas, los viajes, la relación con la Lima de los cincuenta y la actual —la ciudad que va cambiando y tornándose ruidosa—, y la realidad social y política de un Perú violento. Lejos está el lector de encontrar morbo; más bien, hallará poesía, arte, ciencia y reflexión, como una forma de resistencia y salvación.

Este libro confirma el talento narrativo de Carmen Ollé, salpicado a menudo de poesía y una postura disconforme, como si estuviera escribiendo a escondidas en un país como el Perú.